

**P. B. Preciado, *Yo soy el monstruo que os habla*
Barcelona, Anagrama, 2020.**

Reseña de ELISABET FERRET



Es este un librito-panfleto por su deliberada pretensión de sacudir a sus lectores (en realidad, se trata de un discurso escrito a finales de 2019 para las jornadas internacionales de l'École de la Cause freudienne, y sus destinatarios originales eran, en verdad, oyentes antes que lectores). Su autor, P. B. Preciado, arremete en él contra la postura 'clásica' del psicoanálisis en cuanto al tratamiento binario del género, y lo hace desde su experiencia personal: no precisamente por ser él psicoanalista, sino por haber sido serialmente psicoanalizando, en primer lugar y, en segundo lugar, por la que le fue diagnosticada tiempo atrás como "disforia de género", un diagnóstico muy socorrido en los tiempos presentes y que él pretende desenmascarar.

Para Preciado es un error considerar el género como una cuestión dicotómica, y lo es también asociar el género al sexo (la inclinación sexual ni que decir tiene, es otro cantar): se trata de lo que en terminología de género hoy se denomina *cis*, es decir, que género y sexo 'concurden', algo que no sucede ni al 100% ni tiene por qué tomarse como norma u objetivo clínico, arguye. Para el autor, el cuerpo es un territorio político irreductible y es ahí donde se puedan tal vez trasladar algunas de las luchas libertarias que antes se perdieron sucesivamente a lo largo de la historia. *No es necesario que género y sexo concuerden*, eso parece estar gritándoles a los psicoanalistas de su auditorio, *inter alia*. "No queráis corregir los cuerpos de vuestros pacientes, no queráis extirpar sus órganos, sean de un signo o de otro. Dejad que se sientan hombres, mujeres, *queer*, intersexuales, asexuales, o lo que deseen sentirse, y que sus órganos no sean un impedimento para liberarse del rígido encorsetamiento hombre-mujer" que, de hecho, como tal, tiene, a juicio de Preciado, una vida muy corta: desde el s. XIX, con el nacimiento de la sociedad burguesa y el alumbramiento de la mujer como sujeto político.

No más biopolítica *à la Foucault*, no más represión, no más control, no más castración (incluyendo la del psicoanálisis, por supuesto). Seamos libres de sentirnos lo que deseemos en el cuerpo en que hayamos nacido. Seamos rompedores. Hagamos la verdadera revolución a través de nuestro cuerpo: transformémonos en monstruos (léase:

el cuerpo que no casa con ninguno de los estándares al uso), habitemos ese inhóspito lugar que es el *cruce*.

A tal fin, en el caso particular del autor, un chute de testosterona inyectado regularmente, que además ‘me pone’ y me hace sentir más conforme conmigo mismo. En definitiva, se desprende que la ‘solución’ es la hormonación antes que la cirugía. Entre los ejemplos más chocantes se cuentan los hombres trans que preservan el útero, que han podido concebir y llevar a término el embarazo y que sin embargo se consideran ‘padres’ de la criatura en lugar de ‘madres’. Efectivamente, en este punto, la argumentación, además de traída por los pelos, es a todo punto delirante:

El cuerpo trans es una colonia sobre la que se asientan las instituciones disciplinarias, los medios de comunicación, la industria farmacopornográfica, el mercado...

[...]

Cuando hayan ustedes cortado cada árbol y perforado cada montaña, cuando hayan analizado cada uno de nuestros sueños, ya no podrán jodernos más. La Tierra será entonces un basurero, un enorme cuerpo trans desmembrado y devorado. Los cadáveres de los colonizadores y los suyos, queridos psicoanalistas, serán enterrados con los órganos trans que nos quitaron un día. *Pero los órganos que no tuvimos nunca podrán ser enterrados. Nuestros órganos utópicos vivirán para siempre. Serán los guerreros eternos del cruce*¹.

Preciado híbrida el discurso feminista con el político y el analítico. Se refiere al cuerpo como si se tratara de un verdadero correlato metonímico de la historia, estragado por los poderes colonialistas, imperialistas, heteropatriarcales, sexuales y raciales; es decir, el territorio donde se cruzan todas esas batallas históricas para dejarlo, eventualmente, exangüe. Quienes se resisten a la reducción binaria del género, a la sumisión y al encorsetamiento se transforman por ello en revolucionarios, en herejes, o en sus palabras, en *subalternos sexuales*, en monstruos, y acumulan en sí la valentía y la fuerza política necesarias para propulsar el cambio que la sociedad hoy demanda en esta materia.

El autor parece escribir como si con sus transgresoras y salvíficas palabras inscribiera un tajo en la historia, produjera un *non sequitur*, inaugurara una genealogía humana de nuevos hombres: si hasta el presente todo ha sido acumulación e interpretación y reinterpretación al compás de los acontecimientos histórico-sociales, su texto pareciera estar impregnado del deseo inconsciente de que la suya sea la solución ulterior y definitiva, olvidándose de que tan contingente y coyuntural es el discurso social en el presente como lo fue en el pasado. ¿Cómo se leerá su texto en un siglo? ¿Con simpatía? ¿Con horror? ¿Con condescendencia? ¿Sobrevivirá bien al paso del tiempo? Por supuesto, dependerá de lo que suceda en este campo, aunque veo altamente improbable que su propuesta fructifique. En cualquier caso, para entonces no habrá duda de que el texto fue fruto de su tiempo, como lo son todos, y de que no puede leerse sin antes imbuirse del *Zeitgeist* del momento, que modela nuestros deseos y anhelos y nuestro pensamiento.

Nota

1. P. B. PRECIADO *Yo soy el monstruo que os habla*. Barcelona, Anagrama, 2020, p. 48-49. La cursiva es propia.